

Manuel CLEMENTE, *1810 – 1910 – 2010. Datas e Desafios*, Assírio & Alvim, Lisboa 2009, 14,5 x 20,5 cm, 174 pp. ISBN: 978-972-37-1407-4

Manuel José Macário do Nascimento Clemente, desde el año 2007 obispo de Oporto, es un significado intelectual dentro del panorama académico del país vecino, especialmente en el terreno de la Historia. Profesor de Historia de la Iglesia en la Facultad de Teología de la Universidad Católica Portuguesa en Oporto, realizó sus estudios de Historia en la Facultad de Letras de Lisboa y Teología en la Universidad Católica

Portuguesa donde fue director del Centro de Estudios de Historia Religiosa. El libro que presentamos es el reflejo de la trayectoria ensayística del autor que tiene una vasta obra historiográfica. Se trata, pues, de una serie de 12 ensayos publicados en diversas publicaciones, bien periódicas, bien capítulos de libros, en torno a una tesis de ilación histórica que queda perfilado en el primero de los ensayos. Un breve recorrido temporal que el autor realizó en el 5 Encuentro Nacional de Referentes de la Pastoral de la Cultura en Fátima el 31 de enero de 2009.

1810 – 1910 – 2010 (pp. 9-12) son tres fechas que suponen, de hecho, la extensión temporal de la contemporaneidad. El autor termina la presentación de las tres fechas con una frase que, creo, es muy acertada: “Repetiu-se de algum mdo a reacção romântica da primeira metade de Oitocentos em relação aos «excessos» da Revolução Francesa...” (p. 12). Hace no mucho tiempo ya publiqué (“Voluntad inteligente”, redimensionar la conmoción del siglo XXI, en *Carthaginensia* 27 (2011) 135-143) que el siglo XXI es una extensión del movimiento romántico que inició la crítica al exceso de racionalismo ilustrado y que el posmodernismo y su fragmentación del logos había dado lugar a un momento posromántico. Esta trilogía de fechas: 1810 como símbolo del nacimiento de la ilustración política con la 3ª invasión Francesa; 1910, símbolo del cambio del Régimen en Portugal y 2010 como símbolo de las realidades del siglo XXI; son fechas de desarrollo del Portugal (y el mundo occidental) contemporáneo en un diálogo secularizador respecto al cristianismo, pero oportunidad de confrontación inteligente de encarnación de la fe. Un espacio temporal de inteligencia en la que la “consideración religiosa y cultural es necesaria”.

En este encuadramiento aparece un aspecto importante del libro en mi modo de ver: el tiempo histórico es oportunidad de pensamiento humano, de evangelización cristiana, de diálogo en el *logos* y en la fe. La historia del hombre es el espacio y el tiempo que nos ha dado Dios, es ahí donde el hombre desarrolla su humanidad, el espacio real donde el misterio de la encarnación trasciende sacramentalmente la limitación en la elevación divina. De esta forma “Cristandade e secularidade” (pp. 13-27) inaugura la condición propia del cristiano en cuanto hombre que vive en sociedad, como cristiano que vive en comunidad. Esto lleva a preguntarse sobre la relación entre los modelos de encuentro y/o desencuentro entre la Iglesia y el Mundo. El autor va repasando diversos momentos de esta relación. Desde la establecida en su primera expansión eclesial en medio del Imperio Romano cuya fecha 313 implica un cambio de la relación entre los asuntos de Dios y del César presentados en el texto evangélico y que cuestionan la autonomía eclesial con respecto al poder político; pasando por la creación medieval de la idea de cristiandad, especialmente por la hermenéutica temporal-histórica de la sociedad eclesial y política vertida en la obra cumbre *De civitate Dei* de San Agustín y las lecturas que de ella se derivarán, no siempre las propias del santo de Hipona, pero que irán constituyendo lo que conocemos como agustinismo político; y por la reacción desmesurada de una separación que va a ir de lo político (algo que es legítimo) a lo antropológico (algo que es al menos discutible), en el sentido de que la escisión entre la dimensión natural y sobrenatural en el hombre y la esfera de la cultura que lo constituye (sociedad, ética y política) provoca graves olvidos en el propio fundamento de la libertad humana. El autor señala con acierto como la apuesta de la fundamentación antropológica posibilita en el Concilio Vaticano II un intento de superación de

las posturas laicistas y confesionales propias de la dialéctica de la modernidad y cierta contemporaneidad.

De esta forma, el tercer ensayo, titulado “*Espíritu e Espírito na história ocidental os despistes da esperança*” (pp. 29-45) supone una profundización en el sentido de la historia, en el desvelamiento del *logos* en el tiempo histórico y la encarnación del empeño salvífico de Dios. Es muy significativo el aparato crítico que acompaña el estudio, la referencia de Henri de Lubac en su estudio sobre la posteridad del pensamiento de Joaquín de Fiore que resume perfectamente la actualidad de todo proyecto humano inspirado en el misterio de la encarnación, una circunstancia que siempre crea la tensión entre el realismo y el profetismo. Es decir, la cuestión de la historia de la Iglesia es, a su vez, una pregunta de teología de la historia, la tensión entre las realidades concretas y el Espíritu que lo sustenta (sea el Espíritu Santo del Dios Trinitario, sea la manifestación del Espíritu hegeliano).

En sintonía a esta manifestación del Espíritu en la historia y sus modos de teleología religiosa, el siguiente ensayo “Milenarismos” (pp. 47-65), incide en el espíritu de la profecía en la historia, de esa iglesia militante que deseaba expresarse como Iglesia triunfante en la espera escatológica presente en san Pablo que se hace apocalíptica en los textos posteriores y que presentan para todos los cristianos las primicias de la Parusía. La atemporalidad del evento crístico, sin embargo, es remitido por los autores a una realidad temporal, una especie de utopía referencial, eso parece recordar el autor en su camino por los ejemplos de la historia desde Joaquín de Fiore, hasta Manuel Ribeiro pasando por el Padre António Vieira y su *História do futuro* una obra inolvidable, y de diversas lecturas. Quizás recordar la importancia de esta reflexión ya es un logro en este ensayo, pues ayuda a comprender también la referencia que el hombre precisa de las primicias divinas en su acontecer positivo: temporal-histórico y espacial-sociopolítico, un remedo de “renacimiento” en tiempos difíciles que queda evidenciado en la obra doscientos años más tarde de Manuel Ribeiro. Una referencia que hoy queda revivido en el espíritu de los profetas de la Nueva Era.

El siguiente ensayo titulado: “Fundamentalismo, Integrista, Modernismo – à volta das palavras” (pp. 67-74), es corto pero sustancioso, y apunta al interior del cristianismo. Los acontecimientos pasados en la primera década del siglo XXI tiende a demonizar, utilizando clichés y topoi, a una determinada forma religiosa, sin darnos cuenta que estos son etiquetas a los que ningún grupo social o sensibilidad religiosa pueden ser objetos, es el caso de fundamentalismo e integrista. El autor recuerda, desde el espíritu de Asís y la puesta al día de la enseñanza conciliar de Juan Pablo II, que estos tópicos tienen que ser constantemente revisados en la vivencia histórica del Evangelio por parte de los cristianos. Un antídoto seguro viene del sano equilibrio de la fe y razón como se recuerdan en las breves líneas de “Fé, razão e conhecimento de Deus no Vaticano I e no Vaticano II” (pp. 75-79). La superación de la dialéctica implica una apuesta por superar las naturales incorrecciones en la concretización de la creencia como recordaba *Gaudium et spes* (n. 19). Y es que “é o proprio Deus que, revelando-se e atraiendo o homem a si, faz duma propensão ou vislumbre um conhecimento certo e claro” (p. 79).

El capítulo titulado “Portugal – história ou profecia” (pp. 81-85), que ocupa un lugar central en el conjunto de ensayos no solo ocupa la centralidad física sino argu-

mentativa. Efectivamente, el profesor de historia y el teólogo, es decir el profesor de Historia de la Iglesia en Portugal muestra aquí parte de su magisterio en un tema nada fácil, porque todo ensayo de comprensión de positivización espaciotemporal de la experiencia cristiana unida a una identidad de unidad nacional, social y política resulta realmente difícil y precisa de un análisis técnico y teológico. Son cinco páginas muy interesantes centrados en las consecuencias del 1910 y que resume en estas líneas: “Portugal reencontrado, Portugal transformado” (p. 85) y Fátima como símbolo de ese destino, de tradición, unificación y futuro. Un camino que conoce episodios dignos de recordatorio como “A missão em Lisboa na época contemporânea (breve apontamento)” (pp. 87-104) y especialmente lo que supone un reto en la actualidad, el centro de la nueva evangelización: “Evangelizar (n)a Cultura” (pp. 105-136), escrito en 1999, el autor ya avanzaba lo que el papa Benedicto XVI ha retomado respecto de la Nueva Evangelización en la exhortación apostólica *Verbum Domini* (30.9.2010) del Sínodo de los Obispos sobre la Palabra de Dios en la vida y misión de la Iglesia. Un impulso que se refrenda en primera instancia con el Motu proprio *Ubicumque et semper* (21 de septiembre de 2010) con el cual se instituye el Pontificio Consejo para la Promoción de la Nueva Evangelización, dando primer cauce a la inquietud de los obispos y a la que le sigue la convocatoria de la Asamblea Sinodal sobre “La Nueva Evangelización para la transmisión de la fe cristiana”, de los cuales se han aprobado los *Lineamenta* (2 de febrero de 2012). La Asamblea sinodal aborda una cuestión que ha sido señalada como prioritaria y que exige una nueva formulación realmente eficaz, pues la cuestión de la transmisión de la fe es un proceso que en los tiempos recientes ha experimentado no pocas dificultades, debidas a los grandes cambios de orden social, cultural y religioso. “Ya estamos en condiciones de comprender el funcionamiento dinámico correspondiente al concepto de «nueva evangelización»: a tal concepto se recurre para indicar el esfuerzo de renovación que la Iglesia está llamada a hacer para estar a la altura de los desafíos que el contexto socio-cultural actual pone a la fe cristiana, a su anuncio y a su testimonio, en correspondencia con los fuertes cambios en acto. A estos desafíos la Iglesia responde no resignándose, no cerrándose en sí misma, sino promoviendo una obra de revitalización de su propio cuerpo, habiendo puesto en el centro la figura de Jesucristo, el encuentro con Él, que da el Espíritu Santo y las energías para un anuncio y una proclamación del Evangelio a través de nuevos caminos, capaces de hablar a las culturas contemporáneas” (*Lineamenta*, n.5). En este espíritu puede ser puesto toda la presente obra y en especial este ensayo sobre la cultura y los desafíos en la “atmósfera pós-moderna” (p. 117ss.), que conlleva una fragmentación del yo y la fragilidad de la cultura humana que se refleja en la “nova religiosidade”, que nos lleva, anticipaba entonces el autor en un “Evangelizar de novo” (p. 126ss.).

Termina el ensayo con dos referencias a los papas de esta tercera fecha del título 2010. Porque Juan Pablo II está presente en el cambio de Milenio, supo presentar el amor de Cristo al siglo XXI (en el amor de María), y Benedicto XVI sabe explicar a Cristo en el Siglo XXI, en la fidelidad del amor de Cristo. De ahí que “João Paulo II – um Papa na última fronteira” (pp. 137-143) explica lo que en la primera página sintetiza muy bien el autor: “só à luz de Cristo o homem se entende e o mundo se humaniza”. De ahí también que nuestro autor se detenga en “Dereitos do homem – comentários de Bento XVI”, (pp. 145-158) como ocasión en los 60 años de la Declaración Universal

de los Derechos del Hombre de mostrar la inteligencia de la fe y la profundidad de sus principios como base irrenunciable para la construcción antropológica de una convivencia humana”. Un pequeño (pero) a este ensayo, y es que no se reflejan –y por aquel entonces (el trabajo se publicó en 2008), ya habían tenido lugar– las celebres disputas entre el entonces cardenal J. Ratzinger y el filósofo J. Habermas sobre “los fundamentos morales del Estado liberal” tenidas en enero de 2004, donde J. Ratzinger discute sobre las bases premorales del estado político, profundizando en algunas reflexiones ya planteadas anteriormente (1999) sobre la crisis del derecho, y en la que defendía que los dos riesgos actuales del derecho son el fin de la metafísica y la disolución del derecho por presión de la utopía.

Termina la obra con un ensayo que sirve a modo de epílogo y conclusión, pues recupera el sentido de la Historia de la Iglesia en el equilibrio de los acontecimientos vividos y los acontecimientos entendidos, en el difícil balance que siempre existe y más aún en teología, entre la historia de la Iglesia y una hermenéutica desde la teología de la historia: el acontecimiento que es la base de nuestra fe “Cristo – memoria criativa” (pp. 159-169). El autor recuerda con personajes y hechos que el *mysterium fidei* se recrea en la creatividad cristiana, en la recreación del mandato de Dios, en la sacramentalidad. Con esta frase que el autor cita de *Ecclesia de Eucharistia* (n. 18) en la página 168 termino esta presentación, porque creo resume toda la conjunción del entendimiento del significado de los acontecimientos históricos en la vida del cristiano en la Iglesia: “Quem se alimenta de Cristo na Eucaristia não precisa de esperar o Além para receber a vida eterna: já possui na terra, como primícias da plenitude futura, que envolverá o homem na sua totalidade” (p. 168).

En fin, nos encontramos ante un conjunto de ensayos que se leen bien, estructurados en torno a unos acontecimientos precisos en la historia de la Iglesia portuguesa en el contexto del tiempo occidental que responden a esta vocación de diálogo entre lo nacional y lo europeo, entre lo histórico y lo teológico entre lo intelectual y la recreación evangelizadora y pastoral.

Manuel Lázaro Pulido